

LA ORACIÓN. LA ORACIÓN DE SANTO DOMINGO

LA ORACIÓN DOMINICANA

Antes de iniciar el tema de la **ORACIÓN** me hubiera gustado hablar de la **INTERIORIDAD**. Pero no tenemos tiempo. Baste destacar aquí su importancia y necesidad con un texto de Juan Pablo II ante miles de jóvenes:

“El drama de la cultura actual es la falta de interioridad, la ausencia de contemplación. Cuando falta el espíritu contemplativo no se defiende la vida y se degenera todo lo humano. Sin interioridad el hombre moderno pone en peligro su misma integridad”.¹

LA ORACIÓN

Tratando de acercarnos a **una definición de oración**, tomaríamos la de Santa Teresa: “Que no es otra cosa oración mental, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”.Libro de la Vida 8,5)

“Relación viva con Dios” gustaba definirla el M.G. de la Orden P. Vicente de Couesnongle.

Tratar a solas de amistad, estar tratando ... Mantener una relación viva y gozosa con Dios debiera ser nuestra aspiración suprema. Y, yo creo que lo es. Pues, todos los humanos, en todas las religiones, aspiramos a la comunicación con la divinidad –con lo Sagrado, con el Misterio- y, con una conciencia viva, en unos casos, y más o menos inconscientemente, en otros, todos experimentamos (sentimos) ser bien verdad lo que decía San Pablo, que “en Dios somos, nos movemos y existimos”.

Por tratarse ni más ni menos que de una relación, una comunicación, se comprende que **la oración de cada persona sea singular, particularísima, única**. No hay dos personas que nos comuniquemos de la misma manera.

¹ Ahí os dejo, para que le deis una mirada, el trabajo precapitular de la Provincia sobre INTERIORIDAD. Tiene cosas muy buenas. También el texto de Olegario González de Cardedal, al que ayer hice referencia: “¿Quién soy yo para ti, Señor?”

Otra vez nos vienen bien aquí los versos de León Felipe, ya que la oración es medio privilegiado en ese camino hacia Dios, (por no decir, que coincide con él). Es más, resulta del todo imposible hacer el camino sin ella.

Nuestro caminar en la oración, el de cada una, es único e irrepetible. Es en esta relación con Dios, en este trato amistoso con El, donde realmente nos sentimos libres –amén de las limitaciones de nuestra naturaleza- totalmente iguales a todos nuestros hermanos, hombres y mujeres del mundo entero, los que fueron, los que son y los que serán. Personalmente, me encanta pensar en la libertad del espíritu² que sopla donde quiere y hace maravillas en el corazón de los humanos³ que están atentos y le acogen. Y, esto, sin pedirle permiso a nadie, por encima de toda norma o jerarquía.

Si como vemos, la oración de cada persona es única e irrepetible, ¿cómo hablar de la oración? ¿Cómo educar en la oración como nos pide el Santo Padre en la NMI 34?

Me gusta comparar esta relación con Dios, esta comunicación, este tratar de amistad, con la comunicación en el matrimonio. A dos personas enamoradas, que se quieren de verdad, ¿habrá que enseñarles cómo han de comunicarse (relacionarse), qué gestos, qué palabras, qué han de hacer para demostrarse su amor y mantenerlo vivo? Sólo pensarlo parece hasta ofensivo.

Por eso, yo no hablaré mucho de la oración en sí. Más bien diré algunas cosas sobre la necesidad de la misma, dificultades, recursos para mantenernos fieles en las dificultades y sobre algunas características o matices de la oración de Santo Domingo y de la oración dominicana.

El P. De Couesnongle dice que un día preguntó a un monje trapense cómo se debía hacer oración; a lo que el monje respondió: “Se hace como se puede”. Se hace como se puede, pero tenemos que tener un deseo ardiente de comunicarnos con el Señor, de tener una relación viva y gozosa con Él, pues

² Pues nuestra relación con Dios para los que creemos en la encarnación de su Hijo, en Cristo, es por Cristo en el Espíritu Santo.

³ Yo creo que aquí bien podemos aplicar al Espíritu Santo el elogio que se hace de la Sabiduría en el A.T.: “Aun siendo sola, lo puede todo; sin salir de sí misma, renueva el universo; en todas las edades, entrando en las almas santas, forma en ellas amigos de Dios y profetas” (Sab. 7, 27)

sin ese deseo no haríamos nada, luego como el amor es ingenioso, nos sugerirá los medios más adecuados y oportunos para fomentar y hacer crecer ese trato amistoso, esa relación. “Se hace como se puede”.

Por tratarse de una relación de amistad, nada se impone por la fuerza. La amistad es siempre un regalo, aunque nosotros debamos hacer lo que podamos para conseguirla y mantenerla. Se ofrece y las partes aceptan o no. Lo mismo que dijimos de la comunidad, también la oración es don y tarea. Por ser la oración una gracia, un regalo, se desprende de ahí la humildad y el agradecimiento con que debemos acudir a ella.

Por parte de Dios están las cosas claras. Sabemos que nos ama infinitamente, que quiere y busca la amistad con el hombre (numerosos son los textos de la Escritura en este sentido), pero nos pide que si le amamos, cumplamos sus mandamientos, y, entonces, Él hará su morada en nosotros.

Aquí vendría todo lo que concierne a las **condiciones o disposiciones del corazón para hacer una buena oración**, pero no podemos detenernos ahora en ello. Vosotras sois jóvenes y tendréis otras oportunidades de seguir profundizando en esto.

Que la oración sea una **necesidad** apremiante para nosotros, surge de la naturaleza de la misma. ¿Qué sería de nosotras sin ese trato con el Señor, sin esa posibilidad y ese empeño de entrar en su intimidad a la que estamos llamados? ¿Cómo podría mantenerse viva nuestra fe sin la oración? ¿Nuestra esperanza? Y, ¿la misma caridad? ¿Dónde mejor que ahí podremos “ver” y “oír” lo que luego tenemos que decir a nuestros hermanos? ¿Dónde, con más claridad, podrá dárse nos la inteligencia de Nuestro Señor Jesucristo, de su mensaje, su palabra?

“La oración es la respiración del alma”, se ha dicho. Y ya sabemos lo que la respiración es para la vida del cuerpo. Es cuestión de vida o muerte. Sin respirar no podemos vivir, sin la oración no podemos mantener la vida espiritual.

Cuando de niños nos enseñaron el catecismo, nos hablaban de la necesidad que tiene el cristiano de hacer, durante el día, actos de fe, esperanza y caridad. Incluso había ya una fórmula preparada que decíamos cada día al finalizar el rezo del rosario. Pero, ¿qué mayor acto de fe que ir a la oración, poner los medios para comunicarse con el Señor, o mejor, mantenerse todo el día en oración?

Recuerdo que, en aquellos tiempos de juventud –aunque no tanta, pues ya había pasado por alguna noche oscura- les decía a las hermanas estudiantes cuando hablábamos de la oración, que yo la hubiera puesto “el primero de los sacramentos”. Es otra cosa, lo sé. Pero yo no sabía decir de otra manera la grandeza y la necesidad de la oración, ni lo sé todavía hoy, y lo expresaba así.

Puede fallarnos todo en la vida, o por lo menos algunos medios importantes de santificación. Puede –según donde estemos destinadas- que no tengamos más que cuatro o seis eucaristías al año, que no podamos recibir el sacramento de la reconciliación con la frecuencia deseada, y, hablando de otras personas –no consagradas- que no estén confirmadas, ni bautizadas incluso; pero siempre podrán (podremos) comunicarnos con Dios, “tratando muchas veces a solas ...”Y, además, a nuestro modo. En esto sí que somos enteramente libres, como ya dijimos.

Pero en el camino de la oración hay también **dificultades**, como las hay en el camino del amor entre los esposos. Siempre digo, porque es una experiencia, más de una vez constatada, que “no amamos lo que queremos sino lo que nos es dado querer”, o de otra manera, “no amamos cuanto queremos sino hasta donde nos es concedido querer”.

Cuando se presentan las dificultades, es el tiempo de la creatividad, de echar mano de cuanto recurso dispongamos; pero sobre todo es el momento -o el tiempo, porque puede ser largo- de la perseverancia. Estar, estar siempre, como centinelas oteando el horizonte, porque el Señor vendrá. Mejor dicho, Él está siempre, pero nosotros, a veces, no somos capaces de darnos cuenta desde dónde Él nos habla, cómo, qué quiere decirnos,... nos cuesta mucho

descubrir la zarza ardiente en la que quiere manifestársenos. Es más que nunca el tiempo de la perseverancia. El gran momento para “dejar a Dios ser Dios en nosotras”. Es el tiempo en que la conciencia de nuestras limitaciones, de nuestra fragilidad, nuestra contingencia, llega al límite⁴.

A mí me gusta mucho la imagen e la rana: Olegario G. De Cardedal dice en el artículo que cité al principio: “El hombre es un jumento ante Dios con un destino glorioso siempre; aun cuando torrenteras de la vida ensordezcan sus oídos, no perciba la voz suave que le llama, y las llamadas tormentosas oscurezcan sus ojos hasta no ver el horizonte lejano. ¿Cuál es ese glorioso destino del hombre ante Dios? Preguntamos a los santos y a los poetas cómo se han ido comprendiendo a sí mismos en la presencia de Dios. ¿Quién es para ellos el hombre ante su Señor?”

“Dios es siempre Mayor”, decían los medievales. Dios es el Señor. Perseveremos en la oración aunque solo podamos decir: “Aquí está Juan”. No faltemos a la cita. Démosla el tiempo suficiente. El Señor vendrá y nos aupará.

Algo podríamos decir de los **recursos** que podríamos utilizar **para mantener viva esta relación con Dios**, aunque con lo que acabamos de decir está claro que de algunas dificultades solo nos sacará el Señor. Aunque en realidad de verdad, Él nos saca de todas, pero recordemos a la rana y parece que le gustan (le agradan) nuestros esfuerzos, nuestros pequeños saltos por mantener viva una relación que se nos escapa, por superar las dificultades. A nuestro Dios, pienso que hasta los rebuznos del jumento le agradan.

Cada una verá, en la circunstancia concreta, qué recurso le conviene más: oración vocal, meditación de la Palabra de Dios, la llamada oración de Jesús, textos de los santos Padres, de poetas o pensadores que expresan con

⁴ Me encanta la imagen de la pequeña rana, saltando de un lado a otro, o muchas veces en el mismo lugar, queriendo salvar un obstáculo que encontró en su camino, y que supera todas sus posibilidades. No podrá salvarlo por sí misma de ninguna manera, pero si permanece ahí y deja que la tomemos en nuestras manos y la pasamos al otro lado, todo será muy rápido y fácil. Tiene que abandonarse totalmente a nosotros, a nuestras intenciones.

belleza y profundidad lo que llevamos en el alma⁵ o simplemente estar, estar siempre.

Y sin detenernos más, pasamos a

LA ORACIÓN DE SANTO DOMINGO

Decía el P. Couesnongle (se lo oí en una homilía, en la Iglesia de esta casa) que “La orden es Santo Domingo”. No podremos, pues, conocer la Orden si no conocemos a Santo Domingo. De igual manera, creo yo, que no podemos hablar de **la oración dominicana** si no hablamos antes de **la oración de Santo Domingo**.

¿Cómo era la oración de Santo Domingo? Aunque, en estos días, ya os habrán dicho muchas cosas, vamos a recordar algunas ahora.

Decíamos al hablar de la oración que “es en esta relación con Dios, en ese trato amistoso con Él, donde realmente nos sentimos libres”. Pues de nuestro Padre⁶, sin que él hubiera escrito nada sobre la oración, **conservamos hasta hoy, un gran número de detalles de su forma de orar, de su oración que nos lo presentan como un hombre enteramente libre**. El que tantos detalles hayan llegado tan vivos hasta nosotros, el P. Murray lo atribuye a su temperamento realmente extraordinario, a su naturaleza exuberante que lejos de ser reprimida por la vida de oración parece haber sido maravillosamente despertada por ella. Y cita al Cardenal Villot que decía: “Santo Domingo era un hombre increíblemente libre”. Y si lo fue en todas las manifestaciones de su vida, no lo fue menos en la oración.

- **Santo Domingo rezaba con todo lo que era, cuerpo y alma.**

⁵ “Solo desde la libertad,/ el amor germina” ...

⁶ Sigo en esto al P. Paul Murray, O.P. en su Conferencia al Capítulo de la Orden en Providence, julio de 2001.

Reza en privado con intensidad y humilde devoción y con la misma profundidad de fe y emoción reza el Oficio Divino y celebra en público la Eucaristía. A menudo, clama a Dios en voz alta y con gritos. Su oración privada era un libro abierto para sus hermanos.

- **Su oración no parece distinguirse de la de cualquier cristiano devoto, hombre o mujer. No es de ninguna manera esóterica y sujeta a reglas. Es siempre sencilla y eclesial.**

- **Santo Domingo ora a los pies del Crucifijo.** (Recordar las miniaturas de los nueve modos de orar). **Contempla el rostro de Cristo Crucificado, reza al Salvador, al Redentor. “Una de sus peticiones frecuentes y singulares a Dios era que le diera una caridad verdadera y eficaz para trabajar y procurar la salvación de los hombres”. “pues piensa que no será verdaderamente miembro de Cristo hasta el día que él pueda darse todo entero, con todas sus fuerzas, a ganar las almas como el Señor Jesús, Salvador de todos los hombres, se ofreció todo entero en oblación por nuestra salvación” (Jean-Rene Bouchet, O.P. en su libro “Saint Dominique”,p. 22).**

“No es cuestión de recordar a Dios los pecadores que Él hubiera olvidado. Se le ruega derramar en nuestros corazones el amor que tiene por ellos. Y esa oración se traduce –debe traducirse- en amor concreto. Es una oración que todavía no está terminada” (Ibidem p. 23).

- **Jordán constataba en Domingo una gracia especial de oración por todos los desgraciados: pobres, pecadores, afligidos que él lleva (carga) en el santuario íntimo de su compasión.** “Dios le había dado una gracia especial de orar por lo pecadores, los pobres, los afligidos. Él llevaba las desgracias en el santuario íntimo de su compasión y las lágrimas que salían a borbotones de sus ojos manifestaban el ardor del sentimiento que ardía en él” (Ibidem).

Domingo en oración contempla al Salvador, y es en lo profundo de esa contemplación -que apunta, en el Espíritu, a la unión de corazones y de sentimientos- que brota esa oración universal. La intercesión nace de la comunión con Cristo, no puede rechazar a nadie, ni siquiera a aquel que

aparentemente, desde el punto de vista humano, parece irremediabilmente perdido. (Recordar que una costumbre de la Iglesia antigua excluía de la oración cristiana toda una categoría de hombres y mujeres. Santo Domingo reza por yodos, no olvida a ninguno de aquellos para los cuales Cristo ha deseado la salvación)

- **La oración de Santo Domingo era una oración poblada de rostros.**

Allí donde otros espirituales descubren e silencio y la noche, o la luz, Domingo descubre la humanidad. No es cuestión de grado, sino de gracia. Este don, porque viene de Dios, no excluye a ningún hombre, ni siquiera a los condenados al infierno. (Ibidem)

LA ORACIÓN DOMINICANA

“Dado que el esfuerzo humano no puede lograr nada sin la ayuda de Dios, lo más importante para el predicador es que debe recurrir a la oración “. (Humberto de Romans). Oración que nos moverá “a salir a la luz pública”.

Entre las cosas que “un hombre ha de ver en la oración” y debe “escribir en el libro de su corazón” están “las necesidades de su prójimo”.

”Debe ver en la oración lo que le gustaría haber hecho por sí mismo si se encontrase en tal necesidad y cuán grande es la debilidad de cada ser humano ... **Entienda, por lo que conoce de sí mismo**, la condición de su prójimo. Y **lo que ve en Cristo y en el mundo y en su prójimo, escríbalo en su corazón**” (Dominico francés anónimo del siglo XIII en “Comentario Bíblico sobre el Apocalipsis”, atribuido a Santo Tomás durante varios siglos, pero que fue elaborado por un equipo de dominicos de Saint – Jacques de París bajo la supervisión de Hugo de Saint – Cher, entre 1240 y 1244).

Nuestro autor nos exhorta a:

- conocernos a nosotros mismos
- estar atentos al mundo y al prójimo
- verlo todo en Cristo
- Escribirlo todo en nuestro corazón.

Creo que es un buen texto para orientar nuestra reflexión sobre la oración

Dominicana.

Algunas características, notas o simplemente, matices de la oración dominicana.

- **La oración dominicana siempre se da en un “humus” de humildad, de sencillez. En la oración de nuestros santos siempre hay algo de esa indigencia común, de esa sencillez del evangelio. Humildad.**

El P. Murray cita al P. Vicente Mc Nabb O.P., norirlandés que con humor gustaba bajar el asunto de la contemplación de las altas nubes del misticismo, al simple terreno de la verdad del Evangelio. Recurría a la parábola del fariseo y del publicano.

“El publicano no sabía que había sido justificado. Si le hubieras preguntado, ¿puedes orar?, él habría respondido: no puedo orar. Pensaba preguntarle al fariseo. Él parece conocerlo todo. Yo solo puedo decir que soy un pecador. Mi pasado es tan terrible que no puedo imaginarme a mí mismo orando. Soy más experto en el asunto del robo”.

Es la actitud que vislumbramos en los nueve modos de orar; un Santo Domingo postrado, avergonzado de sí mismo, repitiendo la oración del publicano, “Señor ten piedad de mí, que soy un pecador”.

En la vida de oración de los predicadores dominicos hay siempre algo de esa indigencia común y de esa sencillez del evangelio. Aunque durante la oración hablen con Dios con toda libertad como se habla a un amigo, vuelven

siempre instintivamente a la oración sincera de petición del evangelio. Por ejemplo, Santo Tomás:

“Vengo ante ti como pecador, oh Dios, fuente de toda misericordia. Estoy manchado y te pido me limpies. Oh sol de justicia, dale vista al hombre ciego....Oh rey de reyes, viste al que está abandonando ...”

“(...) Omnipotente y eterno Dios. Tú ves que estoy acudiendo al sacramento de tu único Hijo nuestro Señor Jesucristo. Vengo a Él como el enfermo que acude al sanador que da vida, como el impuro que acude a la fuente de la misericordia, ...”

La oración de nuestros santos brota -la nuestra debe brotar- de un gran fondo de humildad, reconocimiento de nuestra propia fragilidad, nuestra propia limitación y pecado.

- **La oración dominicana es sencilla, evangélica y eclesial.**

Santo Domingo fue un hombre eminentemente eclesial. “En medio de la Iglesia abrió sus labios,” rezamos. Así han sido nuestros santos.

Al hablar de la oración de nuestro Padre decíamos que no se distinguía de la de cualquier cristiano devoto, hombre o mujer. Así es la oración de los predicadores, la nuestra (Recordar aquí el esfuerzo que hizo Juan de la Cruz, dominico del siglo XVI, que hasta escribió un libro, “El Diálogo”, desafiando a aquellos contemporáneos suyos que en sus escritos tendían a exaltar la oración como algo fuera del alcance humano y que hablaban de la contemplación de un modo elitista y exclusivo).

Cuando a lo largo de los años, los dominicos se han ido confrontando a sí mismos con métodos y técnicas detalladas de meditación, y con largas listas de instrucciones acerca de qué hacer y qué no hacer durante la meditación, su reacción ha sido casi siempre la misma: sentir instintivamente que algo no funciona. De aquí surge otra característica de la oración dominicana:

- **No es afecta a métodos y reglas.**

Veamos la reacción del P. Bede Jarret, O.P. ante una oración reglamentada:

“A veces, la oración puede verse reducida a reglas duras y rígidas y puede estar tan reglamentada y trazada que ya no se parece en nada al lenguaje del corazón. Cuando esto sucede ha desaparecido toda la aventura, todos los toques personales y toda la contemplación. Estamos demasiado angustiados y atormentados para pensar en Dios. Las instrucciones son tan detalladas e insistentes que nos olvidamos de lo que estamos intentando aprender. La consecuencia es que nosotros nos aburrirnos y que, sin duda, también Dios se aburre”.

- **Uno de los grandes méritos de la tradición contemplativa dominicana es su resistencia obstinada al aura esotérica o al sofisticado encanto espiritual que suele rodear el asunto de la contemplación.**

“Hay un nuevo tipo de contemplación practicada en estos días por los monjes, que consiste en meditar en Dios y en los ángeles. Pasar mucho tiempo en un estado de elevación sin pensar en nada. Esto es, sin duda, muy bueno pero yo no encuentro eso en la Sagrada Escritura y, honestamente, no es lo que los santos recomiendan. La contemplación genuina es la lectura de la Biblia y el estudio de la verdadera sabiduría” (Francisco de Vitoria, O.P.).

- **La oración dominicana abierta al mundo, poblada de rostros**

Escribe nuestro dominico anónimo de Saint-Jaques de París: “Entre las cosas que un hombre debe ver en la contemplación, están las necesidades de su prójimo, y también la magnitud de la fragilidad de cada uno de los seres humanos”. Así, en nuestra tradición, el contemplativo auténtico, el verdadero apóstol, no invoca maldiciones sobre un mundo pecador. Por el contrario, consciente de su propia debilidad y humildemente identificado con las necesidades del mundo, el dominico impetra una bendición.

La apertura al mundo es una característica distintiva de muchos de los grandes predicadores dominicos. “Cuando me hice cristiano, no perdí de vista al mundo”, decía Lacordaire. Y el P. Vicente Mc Nabb comentó en alguna

ocasión a sus hermanos: “El mundo está esperando por aquellos que lo aman... Si no amáis a los hombres, no les prediquéis; predicad para vosotros mismos”.

Escribía el P. Congar:

“Si mi Dios es el Dios de la Biblia, el Dios vivo, el `Yo soy, Yo era, Yo estoy llegando`, entonces Dios es inseparable del mundo y de los seres humanos ... Mi acción consiste, por lo tanto, en entregarme a mi Dios, que permite que yo sea el lazo de unión de su divina actividad en el mundo y con la gente. Mi relación con Dios no es un simple acto de culto, que va de mí a Él, sino una fe por la cual yo me entrego a la acción del Dios vivo, quien se comunica a sí mismo con el mundo y con los seres humanos según su plan. Lo único que puedo hacer es ponerme confiadamente ante Él y ofrecerle la plenitud de mi ser y de mis talentos para poder estar allí donde Dios quiere que esté, como vínculo entre esa acción de Dios y el mundo”.

Confrontar el “muero porque no muero” de Santa Catalina con el de Santa Teresa dos siglos después.

Santa Teresa de Ávila, fiel a su vocación carmelitana, su atención se centra enteramente y con profundo anhelo en Cristo, su Esposo. Sin Él el mundo tiene escaso interés. Y así, en uno de sus poemas, Teresa nos dice que está muriendo de gran dolor espiritual, porque aun no puede morir físicamente y ser una con Cristo en el cielo:

“Solo esperar la salida me causa dolor tan fiero que muero porque no muero”.

En la primer página del Diálogo se nos dice que, cuando Catalina estaba orando elevada espiritualmente, Dios la reveló algo sobre el misterio, la dignidad y belleza de cada uno de los seres humanos. Cuál sea esta belleza que ella vio le decía después a su confesor Raimundo de Capua que si él pudiera ver la belleza de un alma moriría cien veces por ella si fuera posible. Y ella desde entonces repite varias veces en sus cartas: “Estoy muriendo y no puedo morir”. ¡”Ah amable y buen Jesús Estoy muriendo y no puedo morir”.

“Aquí estoy pobre desdichada, viviendo en mi cuerpo y, sin embargo, constantemente fuera de él en el deseo!”

Cuando Catalina utiliza la frase “muero porque no muero” no lo hace nunca para expresar su deseo de salir del mundo. Por supuesto que Catalina, al igual que Teresa, anhela estar con Cristo, pero su pasión por Cristo la lleva, como dominica que es, a querer servir de cualquier modo posible al Cuerpo de Cristo, la Iglesia, que está en el mundo aquí y ahora. Su deseo angustioso procede de su conciencia de la limitación de todos sus esfuerzos. Escribe: “Muero porque no muero; rebose pero no puedo rebosar a causa de mi deseo de renovación de la Santa Iglesia por el honor de Dios y por la salvación de todos”.

El misticismo de Catalina, como el de Domingo, y el de los santos dominicos es un misticismo eclesial, un misticismo al servicio. Para ellos, Dios es siempre el primer foco de atención, pero nunca olvidan al prójimo y sus necesidades. “Pasión por Cristo, pasión por los hombres”.

Y concluyo con la respuesta que, siendo novicio el P. Murria, le dio el P. Cahal Hutchinson, un sacerdote de la casa, hombre maravilloso, dice él. A la pregunta que él le hizo, ¿cuál es el secreto de la oración dominicana? El P. Cahal, dudó un momento, le sonrió y después le dijo: “Hermano Paul, nunca se lo digas a los carmelitas o a los jesuitas, pero nosotros no tenemos otro secreto que el del evangelio. No obstante, como dominico que soy, puedo revelarte las dos grandes leyes de la oración: la primera ley es orar y la segunda ley es seguir orando”.

Y tal tiene que ser el secreto de la oración, por su misma naturaleza, como la definimos al principio. Además es el consejo de San Pablo: “orad constantemente” (1 Tes 5,17). Y Lucas nos dice que Jesús les dijo la parábola del juez injusto y la viuda, “para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer”. (Lc 18, 1).

